

LOS BECARIOS AMERICANOS

EL Ministro de Instrucción Pública, de España, ha llevado a la *Gaceta*—órgano de los «macaneos» gubernamentales—una iniciativa que, hace cosa de dos años, se le ocurrió a un catedrático de la Central para atraer alumnos americanos a nuestras Universidades. Esta iniciativa, convertida ya en decreto, consiste en acordar becas de 4,000 pesetas a veinticinco estudiantes pertenecientes a todos los países de habla española.

Con este señuelo de 4,000 pesetas—que es lo que hoy cuesta el viaje de Sudamérica a Europa,—suponen el ministro y el catedrático (no lo será de Lógica ni de Historia americana) que vendrán los estudiantes de Ultramar a saturarse de ciencia española, para luego, a su regreso, difundirla por América, «estrechando así los lazos (ya parecieron los lazos) entre la madre patria y las hijas emancipadas». Efectivamente, emancipadas, sobre todo, del espíritu de la enseñanza española. El ministro y su inspirador, el catedrático de la Central, creen que bastan 4,000 pesetas para desviar la corriente estudiantil sudamericana que se dirige a cursar o perfeccionar sus estudios a los grandes centros culturales de Norteamérica, Francia, Inglaterra, Italia y Alemania. Estas 4,000 pesetas anularán, ¡quién lo duda!, la seducción atractiva que en el espíritu de los estudiantes americanos y en el de sus padres ejerza el superior nivel científico de las universidades y escuelas especiales de aquellas naciones.

Necesario es repetirlo: los gobernantes y estadistas sudamericanos conocen mucho mejor España que los nuestros América. En Lisboa son familiares todas las cuestiones y problemas del Brasil. En Madrid no se tiene ni la más ligera idea de los pueblos de origen hispánico. «La mayoría de la nación—dice Ganivet—ha ignorado siempre la situación geográfica de sus dominios; le ha ocurrido como a Sancho Panza, que nunca supo dónde estaba la ínsula Barataria, ni por dónde se iba a ella, ni por dónde se venía».

Cuando quiero refrescar mi memoria sobre la acción de España en América no acudo a los historiadores españoles, sino a los americanos. En el orden económico, por ejemplo, sólo en las páginas de Vicente Fidel López, Mitre, Barros Arana, Estrada y Sarmiento puede uno comprender lo que fué la famosa Casa de Contratación de Sevilla: un monopolio tiránico que aniquiló y dejó tullida toda la vida material del continente americano. «Los artículos destinados a las provincias del Río de la Plata—dice Sixto J. Que-

sada—tenían un recargo de más de 600 por 100 sobre su costo primitivo».

De igual modo que en el orden económico, acudo a los historiadores americanos cuando quiero percibir la trayectoria espiritual y cultural que han seguido en el curso de un siglo los pueblos más progresistas y mejor constituidos de Sudamérica; trayectoria que es un esfuerzo constante para desasirse en este punto de las tradiciones

Grandmontagne exagera... un poco. Hay unos pocos ramos en los que un hispanoamericano podría adquirir enseñanza provechosa en España. Por ejemplo, la filología, cuyo estudio científico hace falta difundir en nuestra América, introduciéndolo en todas las Universidades. El hispanoamericano que vaya a Madrid a estudiar filología podrá aprovecharse de las enseñanzas de Menéndez Pidal, Navarro Tomás, Castro, García de Diego...

Parece lo más lógico, si se ha de estudiar filología española, ir a España, y no a Francia, Alemania o los Estados Unidos. No creo que debamos imitar a los norteamericanos que iban a estudiar filología francesa en Alemania, como si Francia no fuera la patria de Gaston Paris, de Paul Meyer, de Michel Bréal, y de tantos filólogos no menos ilustres que los alemanes. Y el arte español—otra materia que debemos estudiar para saber lo que valen nuestras viejas ciudades de América y para procurar no hacerles cambiar bruscamente de aspecto arquitectónico—no puede estudiarse sino en España. Y lo mismo la historia de España en relación con los orígenes de la nuestra.

Pero en las más cosas, lo único que podemos hacer los hispanoamericanos, después de completar nuestra especialización, es dar un paseo por España para recoger algo de Ramón y Cajal, si somos biólogos, o de Rey Pastor y Torres Quevedo, si somos físicos o matemáticos, o de unos cuantos maestros más.

P. H. U.

hispánicas y del espíritu retardatario de su cultura. En los países del Río de la Plata, que son los que mejor conozco, el esfuerzo renovador arranca de muy lejos, desde el reinado de Carlos III, y ha tenido luego, en todo el siglo último, propagandistas que hicieron de esta renovación un apostolado, la razón fundamental de su vida pública. Juan María Gutiérrez, el gran pedagogo argentino, se expresa así en su «Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires», obra cuya lectura me permito recomendar a nuestro Ministro de Instrucción Pública para que vea la eficacia que pueden tener su decreto y sus becas: «Cuando los ministros de Car-

los II—dice—intentaron la reforma de las universidades de España, los miembros de la afamadísima de Salamanca se hallaban más atrasados en el conocimiento de las ideas de su siglo que los canónigos del Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires; y cuando las ciencias matemáticas eran allí tenidas por cosa de hechicería y muy mal vistas por los teólogos y los filósofos, eran consideradas aquí como indispensables para fomentar las industrias y hasta para dar al hombre medios de acierto en la conducta de la vida práctica».

Las corrientes ideológicas de Norteamérica y Francia llegan a los pueblos del Plata con las primeras emigraciones europeas, en la época de Vértiz, el más progresista de los virreyes. Y entonces surgen en el Colegio Carolino, de Buenos Aires, profesores como Maziel, el primero que estudió las nacientes luchas entre el Poder civil y el eclesiástico; Chorroarin, educador de los primeros revolucionarios contra la dominación española; Basabilbaso, Juanzarás, O'Gorman, Lafinur y otros. Allí se formó el espíritu de Moreno, el verbo y la cabeza dirigente de la revolución.

A raíz de la independencia de Sud América, la enseñanza adquirió en la República Argentina una orientación completamente francesa. El espíritu de los enciclopedistas suplantó a nuestro estéril espíritu teologal. Profesores franceses imprimieron nuevo rumbo a la cultura del pueblo naciente. En los comienzos del siglo pasado, Lozier, Lanz y Lacourt eran en Buenos Aires los principales pedagogos. Ellos introdujeron los programas del colegio Carlomagno, de París, y las enseñanzas de sus principales maestros, Suzanne, Lagrange y Biot. Los estadistas y legisladores argentinos de la primera mitad del siglo pasado formaron su espíritu en la cultura francesa y se inspiraron, por lo que toca al régimen político, en el flexible y elástico federalismo norteamericano. La influencia cultural iniciada por los mencionados profesores fué luego continuada por los emigrados franceses del 48. Jacques fué el principal educador de los hombres públicos modernos, de esa admirable pléyade de estadistas argentinos—Sarmiento, Vélez Sarsfield, Mitre, Alsina, Avellaneda, Rawson,—que han formado una nación que es un milagro de vitalidad, de progreso vertiginoso, tallando sobre la naturaleza cruda de los desiertos la vigorosa imagen de un pueblo moderno donde florecen las más altas virtudes colectivas.

Sarmiento, el pedagogo a caballo, el gran instructor de su pueblo, continúa la tradición. Es el más formidable impugnador del espíritu de la enseñanza española y de todos nuestros hábitos. La superioridad de Sarmiento